

JESÚS J. NEBRED A

A QUIEN CONMIGO VA
HISTORIA Y LEYENDA EN EL CAMINO DE SANTIAGO

GRANADA
2012

© JESÚS J. NEBREDA.
© UNIVERSIDAD DE GRANADA
A QUIEN CONMIGO VA. HISTORIA Y LEYENDA
EN EL CAMINO DE SANTIAGO.
ISBN: . Depósito legal: GR
Edita: Editorial Universidad de Granada, Campus
Universitario de Cartuja. Granada.
Preimpresión: Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones, S.L. Granada
Portada: José María Medina Alvea.
Imprime: Imprenta Comercial. Motril. Granada.

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

...los cortesanos, sin salir de sus aposentos ni de los umbrales de la corte, se pasean por todo el mundo, mirando un mapa sin costarles blanca, ni padecer calor ni frío, hambre ni sed; pero nosotros los caballeros andantes verdaderos, al sol, al frío, al aire, a las inclemencias del cielo, de noche y de día, a pie y a caballo medimos toda la tierra con nuestros mismos pies

Cervantes: *Don Quijote* II parte, capítulo VI.

La Nochevieja del año 2006 la pasé en Estambul. Un grupo de españoles bebimos vino y nos tomamos uvas auténticas mientras a través de las cristalerías del comedor de gala de hotel contemplábamos los fuegos artificiales sobre el Cuerno de Oro y en el interior unas bellezas rubias muy ligeras de ropa bailaban la danza del vientre. Aquella exótica celebración formaba parte de mi programa personal de eludir las celebraciones patrias de las fiestas de Navidad viajando a países en los que tales fiestas no se dieran. De hecho, por huir de la Navidad cristiana había venido a caer en la fiesta pagana del Año Nuevo y, como propina, en la celebración musulmana de la Fiesta del Cordero que aquel año coincidió con el mentado Año Nuevo. Tal y como reza el dicho popular: Si no quieres caldo, toma dos tazas.

¿Qué tiene todo esto que ver con el Camino de Santiago? Resulta que, uno de los días siguientes que pasamos deambulando por la ciudad turca, nuestra guía nos llevó a ver el imponente mausoleo del Sultán Eyüp, el portaestandarte de Mahoma, santuario que hace de Estambul uno de los lugares de peregrinación más preciados del Islam. En 1453 Mehmet Fatih descubrió la tumba de Eyüp y mandó construir un complejo compuesto de una mezquita; de un mausoleo para conservar los restos mortales del santo; de una escuela coránica; un baño turco (hammam); un comedor de pobres; un albergue; y un mercado cubierto. Desde el final de su construcción en 1458, los sucesores de Mehmet vinieron a Eyüp a ser investidos al ascender al trono. Además fue y es un lugar de peregrinación muy importante. El nombre Eyüp proviene de Abu Ayyub al-Ansari, compañero y adalid del profeta Mahoma. Llegó a Constantinopla con el ejército árabe durante el primer intento de conquista musulmana de la ciudad, donde murió y fue enterrado. Siete siglos más tarde, durante la conquista de Constantinopla, la tumba fue descubierta por el jeque de Mehmet II. Una vez conquistada la ciudad, el sultán Mehmet ordenó la construcción de una tumba (*türbe*) en el lugar donde descansaban los restos de Abu Ayyub y una mezquita en su honor. Se trata de la primera gran mezquita que se construyó en Estambul, y estaba rodeada de las tradicionales fuentes y la escuela. Desde este momento, Eyüp se convirtió en una especie de lugar sagrado. La mezquita contenía una

piedra en la que se decía que estaba la huella de Mahoma. Se construyeron más mezquitas, escuelas y fuentes; además, debido al deseo de numerosos funcionarios otomanos de ser enterrados cerca de la tumba de Abu Ayyub, el cementerio se convirtió en uno de los más solicitados de Estambul. La zona creció y, consecuentemente, se construyeron numerosas edificaciones sagradas de gran valor, donde se podían encontrar tekkes derviches junto a visitantes turcos y extranjeros. Durante el esplendor del Imperio otomano, Eyüp fue una de las zonas urbanas más populares fuera de las murallas de la ciudad.

Resultó una vez más que, yéndome al extremo oriental del mundo occidental, cristiano y europeo, me encontré allí con una réplica, casi exactamente correspondiente, de los sucesos históricos y legendarios que habían ocurrido mucho tiempo antes en el extremo occidental de Europa. Como se verá más adelante en el curso del texto, parece ser que en el año 813 un ermitaño llamado Payo comunicó a Teodomiro, obispo de Iria Flavia, que en el bosque de su diócesis llamado Libredón se veían unas luces extrañas. El obispo refirió después al rey Alfonso II el Casto que buscando el origen de las luces halló un sepulcro, del que no dudaba que era el del apóstol Santiago. La noticia se hizo oficial con el Papa León III. Así, en los dos extremos, dos reyes, Alfonso II el Casto de Oviedo y el sultán Mehmet II de Estambul, en momentos de precario triunfo de sus respectivas monarquías y reinados, logran hallar un refuerzo legendario y religioso de sus posiciones. Alfonso II fomenta las peregrinaciones al sepulcro del Apóstol Santiago, Mehmet II da con la tumba del portaestandarte de Mahoma y hace levantar un santuario que se hace centro de peregrinaciones. La similitud estructural es prácticamente perfecta.

Sirva esta anécdota de antesala o pórtico a lo que he pretendido exponer en este libro, después de haber recorrido a pie varias veces el Camino de Santiago. Simplemente, mis impresiones sobre esa experiencia y las reflexiones que al hilo de tantos días de marcha se han ido enhebrando sobre la historia y significado del Camino.

He querido darle a la visión de este tema una perspectiva especial y, aprovechando la circunstancia de las distintas ocasiones en las que he andado el Camino, de estructura múltiple:

La estructura narrativa se articula sobre cuatro personajes básicos: los cuatro *yo'es* o encarnaciones del narrador que corresponden a las cuatro veces (fundamentales) en las que he hecho el Camino. Los cuatro *yo'es* conversan entre sí sobre las distintas modulaciones de su experiencia, asumiendo cada uno una de las cuatro perspectivas o miradas enumeradas a continuación.

La primera mirada trata de reflejar la experiencia de un peregrino o caminante cultural que ha recorrido el llamado camino francés varias veces y también el tramo llamado camino aragonés, así como el llamado camino portugués.

La segunda perspectiva es la mirada de un pretendido antropólogo aficionado a la historia que busca las leyendas y los lugares a ellas asignados así como las diversas capas significativas tanto culturales como religiosas o esotéricas y la comparación de la experiencia actual con las narraciones del *Codex Calixtinus*.

La tercera de las miradas recoge las reflexiones de un supuesto filósofo acerca de los avatares del Camino, de las sugerencias que la ruta va ofreciendo, las interpretaciones racionales de algunos aspectos extraños, así como la exposición de los tesoros históricos y artísticos de los diversos pueblos y ciudades del camino.

Finalmente, la cuarta mirada expresa la contemplación de un escritor un tanto aficionado a la sociología que dialoga y piensa acerca de las ocurrencias de la ruta y de los lugares que de paso visita.

He mantenido los apuntes volanderos y anotaciones cuasi telegráficas que fui tomando a lo largo de las etapas de las distintas veces y tiempos en que recorrí el Camino. Esas notas sirven de puntos de referencia y también de introducción a las discusiones, narraciones y reflexiones que se van enhebrando en el texto, apoyadas todas ellas en esa leve trama argumental.

Con todo ello he procurado construir un relato ameno y profundo, además de variado, que va desgranando las diferentes facetas de un camino secular que fue crucial para la conformación medieval de Europa.

LOS PREÁMBULOS

SÁBADO 29 DE MAYO DE 2010

CAMINO DE JACA

El día veinticinco de abril del presente año dos mil diez fue domingo, En Granada, ciudad en la que habito, se clausuraba ese día la Feria del Libro. Siendo la fecha una fecha emblemática donde las haya y no pudiendo acercarme a Lisboa me dispuse a dar una vuelta por Puerta Real (*Puertarrál* para los autóctonos) y disfrutar un día más de las casetas de libros y de los libros mismos. La Fiesta del Libro es un gozo que raras veces se consigue, dado que la mayoría de la gente se entrega a festejos más bien de otro tipo habitualmente. Me encontré con el anuncio por la megafonía de que Amancio Prada se disponía a firmar ejemplares de su reciente disco libro dedicado a las Coplas de Jorge Manrique. Me apresuré a comprarlo e hice incluso un ratito de cola para que me lo firmara el artista. Por cierto que el cantautor se conserva estupendamente y su aspecto ha mejorado con los años como le ocurre al buen vino, Vestido de negro, alto, delgado y con un pelo extraordinariamente blanco estaba radiante como la personificación del arte. Bien. Charlamos un poco acerca de nuestras ciudadanías y orígenes y estampó en una hoja en blanco del libro su firma precedida de una frase; *A quien conmigo va*. Tal vez porque Ana y yo le habíamos comentado que seguíamos con mucho interés sus discos y canciones desde hace tiempo. Y así es en verdad. Todo esto viene a cuento porque a la hora de poner un título genérico a lo que pienso ir escribiendo en mi nuevo camino de Santiago he decidido ponerle ese verso tan poético, esotérico y enigmático del romance más misterioso tal vez de nuestro tradicional romancero, aquel que termina precisamente así: *Yo no digo mi canción sino a quien conmigo va*. Pues bien, hoy he comenzado el camino con lo que puedo bien llamar etapa prólogo: doce horas y media de viaje en diversos medios para llegar desde mi casa en Granada, de donde he salido a las seis y media de la mañana hasta esta ciudad de Jaca a la que he llegado a las siete y media de la tarde y en la que estoy ahora escribiendo estos renglones, después de haber viajado en autobús de Granada a Madrid, en AVE de Madrid a Zaragoza y, finalmente, de nuevo en autobús, esta vez más lento, de Zaragoza a Jaca pasando por las ciudades de Huesca y Sabiñánigo y haciendo en ellas parada. Sentado al ordenador en el Gran Hotel de Jaca, después de haber solucionado algunos problemas

técnicos (una lámpara de mesa que, como con frecuencia suele ocurrir en este tipo de establecimiento no lucía, problema que los empleados del hotel han resuelto rápida y satisfactoriamente), inicio también el rosario de escritos con el que pretendo aderezar y acompañar los pasos que camino de Santiago vaya dando mientras el cuerpo aguante. Así pues, con buen ánimo, empezaré a andar por los caminos inciertos del peregrinaje histórico y cultural el próximo lunes, día treinta y uno de este florido mes de mayo. Mañana, domingo, lo dedicaré buscar un buen bordón, compañero entrañable de todo caminante, así como una credencial en la que pueda ir poniendo los sellos de los distintos lugares del camino. Mañana será otro día.

—¡Bueno, bueno! No tan deprisa...

—¿Qué es esto? ¿Quién eres tú?

—Ya te irás enterando. Y probablemente por ti mismo. Pero antes de que te duermas te contaré una historia sobre el señor Santiago y su sepulcro.

—No por favor. Ahora no, que me caigo de sueño.

—¿Dices que quién soy? Si te duermes, seré entonces la voz que clama en el desierto.

—Vale. Te escucho. Pero si me duermo, no te quejes.

—Empiezo, pues: Cuenta la tradición que dos de los discípulos de Santiago, Atanasio y Teodoro, recogieron su cuerpo y su cabeza, y los trasladaron en una nave desde Jerusalén hasta Galicia. Tras siete días de navegación llegarían a las costas gallegas de Iria Flavia, cerca de la actual villa de Padrón. En el relato del enterramiento de los restos de Santiago, teñido por la leyenda, aparece Lupa, una dama pagana, rica e influyente, que vivía en aquella época en el castro Lupario o castro de Francos, a poca distancia de Santiago. Los discípulos, que carecían de un terreno en el que enterrar a su maestro, pedirían permiso a esta noble matrona para enterrarlos en su feudo, pero ella los remite al legado romano Filotro, que residía en Dugium, en las cercanías de Fisterra. Lejos de atender sus peticiones, el gobernador romano ordena su encarcelamiento. Según la tradición, los discípulos fueron liberados milagrosamente por un ángel, emprendiendo inmediatamente su fuga perseguidos por los soldados romanos. Cuando llegaron al puente de Ons o Puente Pías, sobre el río Tambre, y una vez que los discípulos lo atravesaron, éste se hundió providencialmente y los huidos consiguieron escapar. La llamada reina Lupa, simulando un cambio de actitud, les llevó al Monte Iliciano, hoy conocido como Pico Sacro, y les ofreció bueyes salvajes que vivían allí en libertad y un carro para transportar los restos del Apóstol desde Padrón hasta Santiago. Los discípulos se acercaron a los animales que, ante el asombro de Lupa, se dejaron poner el yugo mansamente. Al presenciar la escena, ésta decide abandonar sus creencias y convertirse al cristianismo. Cuenta la historia que los bueyes comenzaron su camino, sin ningún tipo de guía, y se detuvieron, instintivamente, movidos por la sed, en un lugar donde escarbaron y brotó

agua. Se trata de la actual fuente del Franco, junto al Colegio Fonseca, lugar en el que posteriormente se levantaría, como recuerdo, la pequeña capilla del Apóstol, en la calle compostelana del Franco. Los astados continuaron su camino hasta llegar a un terreno, propiedad de Lupa, que lo donó para la construcción del monumento funerario, donde siglos más tarde se levantaría la catedral, centro espiritual que preside la ciudad de Santiago. Otra versión más o menos canónica y ortodoxa de la leyenda del apóstol Santiago dice así: Las últimas noticias históricas de Santiago Apóstol nos llegan de Palestina, donde muere mártir (el primero de los Apóstoles de Jesús) decapitado en Jerusalén. A partir de aquí surge una profunda tradición de que su cuerpo es trasladado al fin del mundo, al occidente europeo, a Galicia (España). Arribaría en barco a Iria Flavia (Padrón) y de allí sería conducido tierra adentro hasta acabar enterrado en tierras de la actual Santiago de Compostela. La historia da lugar a la tradición con el paso de las generaciones y la invasión musulmana, hasta reencontrarse la tumba en el siglo IX, iniciándose una segunda historia del Apóstol Santiago que marcaría España y toda Europa con el Camino de Santiago. De hecho, por los breves apostólicos de dos papas, Gregorio XIII y Sixto V, se celebra en Santiago y en España la fiesta de la Traslación. El rey Herodes mandó decapitar a Santiago Apóstol. Fue el protomártir de los Apóstoles; luego le seguirían todos los demás y sucedió en la ciudad Santa de Jerusalén. Este es el dato histórico y punto de partida de una leyenda que parece ser un inverosímil juego imaginativo pero, como tantas veces sucede, la fantasía mejor intencionada cubre los espacios en blanco que la historia no puede rellenar con datos comprobables. Y la leyenda se expone así resumiendo: Una vez muerto Santiago, los siete discípulos que había llevado consigo cuando estuvo en España robaron por la noche el cuerpo que Herodes prohibió enterrar y dejó expuesto a las aves, perros y alimañas. Ocultamente lo llevaron hasta el puerto de Jaffa donde milagrosamente encontraron una nave sin remeros ni piloto, pero con todo lo necesario para una larga travesía. Ayudados por un viento favorable y sin escollos ni tempestad arriban a Iria Flavia —hoy Padrón— cerca de Finisterre. Con esto cumplen el deseo que les había encargado el propio Santiago previendo el acontecimiento de su muerte. Tierra adentro encuentran una gruta. Les parece sitio apto para depositar los restos mortales. Manos a la obra, destruyen un ídolo de piedra de los paganos del país y excavan en la piedra un sepulcro donde depositan el cuerpo con su cabeza que habían transportado. Luego levantan una casa que será capilla. Teodoro y Atanasio se quedarán custodiando la reliquia, mientras que los otros cinco compañeros saldrán por los campos y poblados a predicar el Evangelio. Cuando mueren los dos custodios reciben sepultura junto a los restos de Santiago. Las invasiones y guerras que se suceden en el lugar son factores determinantes para que, junto con el mismo paso de los años, se relegue al olvido transitoriamente tanto el lugar ya tapado por los

matorrales como el tesoro que contiene. Cuando reina Alfonso el Casto se descubren los antiguos sepulcros y el rey manda edificar un templo. Y otros monarcas le siguen. Es Compostela. Los papas conceden privilegios, Urbano II desliga el obispado de la jurisdicción de Braga y con Calixto II comienza a ser arzobispado. Los milagros y las maravillas se producen en el tiempo para españoles y extranjeros. Se señala de modo muy especial la protección en la larga lucha de reconquista llegando a aplicársele el alias de “Matamoros” por haberlo visto con todas las armas precediendo al ejército cristiano. Las rutas del peregrinaje de Europa comienzan a tener otro camino para culminar el perdón de los pecados con arrepentimiento. La otra versión del viaje de los restos decapitados de un líder, traídos a Galicia por sus discípulos desde otro lugar del mundo en los primeros siglos del Cristianismo, la protagoniza Prisciliano. En ello se asemejarían ambas historias de dos mártires, con una gran diferencia el juicio posterior que de sus figuras hizo la religión vencedora por mayoría. Para el Cristianismo, Santiago fue santo y Prisciliano, hereje. La idea de base radica en la injusticia de que esos huesos pertenecieran a Prisciliano y que hubieran sido aprovechados como santos por quienes lo ajusticiaron como hereje. Prisciliano posible oriundo de Iria Flavia, murió decapitado a los cuarenta años en la ciudad de Tréveris (en la futura Francia) en 385, acusado por los jerarcas de la época de hereje, sectario del Cristianismo, gnóstico naturalista, esotérico... El emperador Teodosio fue quien ordenó su condena. “Prisciliano enseñó que los nombres de los Patriarcas corresponden a las partes del alma, y de modo paralelo, los signos del Zodíaco se corresponden con partes del cuerpo”, dice Orosio, en su *Communitorium de errore Priscillianistarum et Origenistarum*. Cuentan las historias que Prisciliano de Ávila nació en la Bética o Lusitánica *Gallaecia*, aproximadamente hacia 340 y murió en la Civitas Treverorum, actual Tréveris, en 385. Fue un obispo hereje hispano, fundador del priscilianismo, y, junto a otros compañeros, tuvo el honor de ser el primer hereje ajusticiado por el gobierno secular en nombre de la Iglesia Católica. Según Próspero de Aquitania, se cree que nació en la provincia romana de *Gallaecia*, en el entorno de una familia senatorial.

— “...ab his Priscillianus est institutus, familia nobilis, praedives opibus, acer, inquires, facundus, multa lectione eruditus, disserendi ac disputandi promptissimus,” dice la *Chronica* de Sulpicio Severo en 46, 3.

— Bien apuntado, sabio. Pero, por las referencias a su origen noble, es probable su ligación con la Bética o Lusitánica, donde había un mayor desarrollo de *fundi* aristocráticos que en la *Gallaecia*, aunque otros autores han señalado una mayor importancia de este tipo de latifundios en el noroeste de la Península Ibérica de la considerada hasta ahora.

— Al menos, eso es lo que dice Francisco Javier Fernández Conde en su *Prisciliano y el priscilianismo. Historiografía y realidad*. (Clio & Crimen, 2004, 1: 43-85).

—En torno al año 370 viaja a *Burdigala* (Burdeos) para formarse con el retórico Delphidius.

—Más conocido por los historiógrafos como Attius Tiro Delphidius rhetor

—Así es. A las afueras de Burdeos funda Prisciliano una comunidad de tendencia rigorista junto a su mentor y la mujer de éste, Eucrocia. Se le reconoce una relación con la hija de ambos, Prócula, aunque San Jerónimo hace mención de una mujer llamada Gala como su pareja oficial.

—Lo hace en su *Carta a Ctesifonte* (que es la Epístola 133, en su párrafo 4).

—Su principal adversario, Itacio de Ossonoba, al que conocemos por los *Viris Illustribus* de Isidoro de Sevilla, atribuye sus conocimientos de astronomía y magia a un tal Marcos de Memphis. Sin embargo, este nombre parece remitir a un mago alejandrino del siglo I citado por San Ireneo en su *Adversus haereses*. Hacia el 379, durante el consulado de Ausonio y de Olybrio vuelve al noroeste peninsular y comienza su período de predicación.

—Eso se sabe por el Cronicón de San Próspero de Aquitania.

—¿Y eso?

—¡Ah!

—También se sabe que sus ideas tuvieron gran éxito, en especial entre las mujeres y las clases populares,

—Hay que tener en cuenta la situación. Se trata de un contexto social de revueltas campesinas como el movimiento de los bagaudas o el de los circumcelliones...

—¿Bagaudas?

—El término *bagauda* (*bagaudae* en latín; en bretón *bagad*; en galo significaba “tropa”) se utiliza para designar a los integrantes de numerosas bandas que participaron en una larga serie de rebeliones, conocidas como las revueltas bagaudas, que se dieron en Galia e Hispania durante el Bajo Imperio, y que continuaron desarrollándose hasta el siglo V. Sus integrantes eran principalmente campesinos o colonos evadidos de sus obligaciones fiscales, esclavos huidos o indigentes. El vocablo puede tener un doble origen, bien una raíz latina que significa “ladrón”, bien una de origen céltico que significa “guerrero”. La primera noticia de estas revueltas se tiene en la Galia, desde el siglo III, concretamente desde el año 285. El momento de auge de los bagaudas coincide con el de mayor incidencia de las invasiones germánicas del siglo V, en el que estas revueltas se trasladan también a la Tarraconense y a territorio vascón, en el marco de la crisis social y económica del Bajo Imperio. Estos enfrentamientos se produjeron precisamente en un momento en el que el mundo romano se enfrentaba a una presión que no conocía parangón en los límites occidentales, desempeñando posiblemente un papel importante en la desintegración del mismo. Los campesinos formaron tropas que se enfrentaron con éxito a los ejércitos romanos. En Hispania este

movimiento se produjo sobre todo en el alto y medio valle del Ebro, entre los años 441-451. Su origen son las luchas de indígenas campesinos, libres o serviles, afectados por la crisis contra los grandes propietarios, entre los que estaba parte del episcopado urbano. Tuvo una gran virulencia, llegando incluso a matar al obispo de Tarazona, a apoderarse de Zaragoza y saquear Lérida con el apoyo de los suevos. La derrota final se produjo en el año 454 con Federico, el hermano del rey visigodo Teodorico II, aliado de los romanos, si bien la crisis continuaría hasta el siglo VIII. Salviano de Marsella nos ilustra muy bien el fenómeno de los bagaudas: “Prefirieron vivir libremente con el nombre de esclavos, que ser esclavos manteniendo sólo el nombre de libres”. Aunque en su época se tendió a atribuir a este movimiento una mera finalidad de bandidaje, algunos autores reconocieron su carácter de revolución social. Así Rutilio Namaciano, en la celebración de la derrota de los bagaudas ante Exuperancio en el año 417, escribe que el vencedor “restituyó las leyes, restauró la libertad y no permitió que los propietarios fueran esclavos de sus propios esclavos”.

—¿Y los circum lo que sea?

—¡Circumcelliones! Los circumcelliones fueron al parecer “un movimiento de carácter social protagonizado por grupos de campesinos descontentos que, en expresión de Agustín de Hipona, «merodeaban las haciendas rurales» (él lo dijo en latín: *circumiens cellas rusticanas*). Luego esos grupos fueron reforzados por donatistas y pequeños campesinos libres, colonos, esclavos fugitivos. Se trata en definitiva de una de las muchas revueltas protagonizadas por un sector oprimido del campesinado contra los grandes dominios, civiles, y eclesiásticos, existentes en territorio africano”. Resulta problemático identificar la condición social de los insurgentes. Lo que sí son es un ejemplo de otras revueltas campesinas durante la segunda mitad del siglo IV y la primera del siglo V.

—Dejad de interrumpir de una buena vez. ¿Por dónde iba? Ah, sí... Las ideas de Prisciliano triunfaron en esa situación de conflicto social, precisamente por su rechazo a la unión de la Iglesia con el Estado imperial y a la corrupción y enriquecimiento de las jerarquías. Ante la rápida extensión de sus enseñanzas, Higinio de Córdoba, el sucesor de Osio, envía una carta informando de la situación al obispo de la sede metropolitana de Emerita Augusta

—O sea, Mérida, que era la capital de la *Diocesis Hispaniarum*.

—Exactamente, sabio muchacho. Ese obispo se llamaba Hidacio. Prisciliano y sus seguidores aceptaban a las mujeres en sus reuniones secretas y les daban cargos religiosos, practicaban el ayuno en domingo, hacían penitencia como eremitas durante la Cuaresma o comulgaban fuera de las iglesias. Estos dos obispos, junto a Itacio de Ossoyoba, convocan el Concilio de *Caesaraugusta*

—La actual Zaragoza.

—Exacto. Corría el año 380 (otras fuentes lo sitúan unos años antes, en el 378), y el concilio tenía la finalidad de condenar las ideas priscilianistas. A este sínodo acudieron dos obispos aquitanos y diez hispanos, lo que parece indicar una fuerte y rápida expansión del movimiento ascético iniciado por Prisciliano, pero la ausencia de los dos principales obispos acusados de priscilianistas, Instancio y Salviano, evita la condena en firme. Las actas dicen que el obispo de Astorga, Simposio (padre de Dictinio, quien años más tarde ocupará esa sede) abandonó el Concilio al segundo día. Este prelado ocupará años después un lugar relevante entre los discípulos del hereje galaico. El obispo Valerio, anfitrión del sínodo, recoge las recomendaciones de Dámaso, obispo de Roma, de evitar la condena *in absentia*. Poco después esos dos obispos (Instancio y Salviano) elevarán a Prisciliano a la sede vacante de *Abula*

—Esto es, Ávila.

—Exacto. En un intento de acercar posturas, Instancio y Salviano viajan a *Emerita Augusta*, Mérida, para entrevistarse con Hidacio pero se ven obligados a huir de una turba de exaltados arengada por el obispo metropolitano. Se produce entonces un nutrido cruce de acusaciones epistolares entre priscilianistas y ortodoxos. Hay que tener en cuenta que la extensión de las enseñanzas de Prisciliano se produce en todos los estratos sociales, incluyendo muchas familias influyentes de casi todas las provincias hispanas. Finalmente, Hidacio envió una carta a Ambrosio, obispo de *Mediolanum...*

—Hombre, el famoso San Ambrosio de Milán, el que bautizó a San Agustín.

—Eso es. Estaba entonces allí la corte imperial. La carta convence a Ambrosio para obtener un rescripto del emperador Graciano excomulgando y desterrando de sus sedes a Prisciliano y sus seguidores. Corre el año 382 y Prisciliano decide viajar a Roma para defenderse, pero el obispo de Roma, Dámaso (en plena pugna por obtener la primacía de la sede romana y convertirse, así, en el primer Papa "oficial"), y también de familia oriunda de Hispania, se niega a recibirle por no considerarse competente para anular un rescripto del emperador. Finalmente viaja a Milán, y aprovecha la ausencia de Graciano para convencer a su *magíster officiorum*, o Mayordomo Mayor, Macedonio de que anule el anterior decreto imperial. De este modo regresa a Hispania, reafirmando la situación de su grupo y consiguiendo, de paso, que Itacio sea acusado de perturbador de la Iglesia. El procónsul Volvencio ordena la detención del obispo antipriscilianista y éste se ve obligado a huir a *Civitas Treverorum*

—Eso es Tréveris.

—Pues sí. Y allí se pone bajo el amparo del obispo Britto. En el año 383 el también hispano Magno Clemente Máximo, gobernador de Britania, cruza a las Galias al mando de 130.000 soldados haciendo huir al emperador

Graciano, a quien finalmente asesina en una emboscada en los bosques de *Lugdunum*.

—Lyon.

—Claro, paleogeógrafo. Sus legiones lo nombran nuevo *imperator* de Occidente, pero este nombramiento no es visto con buenos ojos por Teodosio, emperador de los territorios Orientales. Esta situación delicada le hace buscar apoyos en la Iglesia Católica, a su vez necesitada de amparo institucional para enfrentarse a los numerosos movimientos disidentes que la asedian (nada menos que arrianos, rigoristas, binionitas, patripasianos, novacianos, nicolaitas, ofitas, maniqueos, homuncionitas, catáfrigos, borboritas, o los propios priscilianistas). En esa alianza de conveniencia se encuadra el desarrollo posterior de los acontecimientos: la Iglesia oficial se enfrenta a un movimiento popular muy extendido por toda la península Ibérica y buena parte de las Galias, y Máximo desea ofrecer una mano tendida en forma de condena oficial al priscilianismo.

—La iglesia oficial es la iglesia que hacía poco se había reafirmado en el primer concilio de Nicea del año 325, y que en el breve espacio de pocos años había pasado de ser perseguida a ser tolerada y, finalmente, a convertirse en la única religión imperial.

—Eso mismo. Pero la aplicación de una sentencia por herejía conlleva la confiscación por parte del Estado de todos los templos de la secta, lo que no interesa a la jerarquía eclesiástica ni sirve a los intereses del emperador. De este modo se diseña un proceso judicial *ad hoc* que pretende condenar a los obispos hispanos por *maleficium* (brujería). Esta sentencia, más favorable a las arcas del nuevo emperador, incluye la requisa de todas las propiedades personales de los acusados, quienes, recordemos, pertenecen a pudientes familias hispanas, sin afectar al patrimonio eclesiástico. Se convoca, entonces, un nuevo concilio en Burdeos al que deciden acudir Prisciliano y varios de sus seguidores, y en el que se condena de nuevo la herejía priscilianista, pero del que sólo se obtiene de facto la deposición de Instancio de su sede. Durante la celebración de este cónclave, una multitud enajenada lapida a Urbica, una discípula de Prisciliano. Éste abandona el cónclave y se dirige al norte, a Tréveris, en la Germania Superior, donde Máximo ha establecido su corte, para convencer al emperador de que tercie a favor de su grupo, sin saber que allí Itacio de Ossoyba ya ha tejido la red que acabará con su vida. En el año 385 Prisciliano llega a Tréveris, donde es acusado, a través de Evodio, prefecto del emperador, de la práctica de rituales mágicos que incluyen danzas nocturnas, el uso de hierbas abortivas y la práctica de la astrología cabalística. Mediante tortura se obtuvo una confesión del mismo Prisciliano...

—Porque, según una carta de Máximo al obispo de Roma que para entonces era Siricio, ya que Dámaso muere en 384, Prisciliano, como los demás encausados, no fue declarado culpable como resultado de argumentaciones

débiles, sospechas o inciertas, sino por su propia confesión en el transcurso de los juicios. Así puede leerse en: Maximus Aug., *Ep. ad Siricium papam*, 4, *Coll. Auell.*, 40, *CSEL 35*, 1, p. 91.

—Con lo que Prisciliano es decapitado junto a sus seguidores Felicísimo, Armenio, Eucrocía (la viuda de Delphidius), Latroniano, Aurelio y Asarino. Todos ellos se convierten en los primeros herejes ajusticiados por la Iglesia Católica a través de una institución civil (secular).

—Por cierto que, de este Latroniano, San Jerónimo dice lo que sigue en su obra *De viris illustribus*: "Latroniano, de la Provincia de España, varón muy erudito y comparable en la poesía con los clásicos antiguos, fue decapitado en Tréveris con Prisciliano, Felicísimo, Juliano, Eucrocía y otros del mismo partido. Tenemos obras de su ingenio, escritas en variedad de metros".

—Resultó que, tras la ejecución de Prisciliano el movimiento herético se mantuvo en vigor durante al menos dos siglos más, sobre todo en su *Gallaecia* de origen, como lo demuestran los sucesivos concilios convocados para tratar el tema. Inmediatamente después del proceso de Tréveris, Máximo envía dos comisarios a Hispania para depurar las sedes episcopales de todo rastro de priscilianismo, iniciándose una cadena de ajusticiamientos y deportaciones que acabaron por despertar las iras de sectores de la iglesia oficial descontentos con el curso de los acontecimientos. Martín de Tours, Jerónimo en Roma y Ambrosio de Milán representaban una facción, dentro del cuadro de ortodoxos leales a Roma, que se había opuesto desde un principio a la injerencia imperial en asuntos eclesiásticos. Son estos padres de la Iglesia, en especial Martín, quienes detienen el desproporcionado movimiento itaciano, denominado así por su principal impulsor, Itacio, el obispo de Ossonoba. En el año 388 Máximo es derrotado y decapitado por Teodosio, y la situación da un vuelco hasta el punto de que el propio Itacio es excomulgado en el 389 por su implicación directa en el juicio secular contra Prisciliano. En este año, según Sulpicio Severo, varios discípulos viajan hasta Tréveris con el permiso de Roma para exhumar los restos de su líder y llevarlos a su *Gallaecia* natal. A la cabeza de esta delegación se encuentra Dictinio, autor de uno de los pocos opúsculos priscilianistas de los que se conoce su existencia (aunque no se conserva ningún ejemplar).

—Este Dictinio era hijo del obispo Simposio y ocupó la sede de Astorga, pasando su padre a ocupar la pequeña sede de *Aquae Urentes*.

—O sea, Orense.

—Pues sí, Orense, chico listo.

—Por otra parte, de ese libro de Dictinio, titulado *Libra*, se conservan tan sólo referencias indirectas en la obra de San Agustín de Hipona "Contra mendacium". Refiere este autor que los priscilianistas consideran lícito mentir para proteger su existencia, hasta el punto de que se recoge un santo y seña mediante el que se reconocen: *Iura, periura, secretum prodere noli* (juramento

de inviolabilidad de los secretos del grupo, aun a costa de mentir). En el año 396 se convocó un Concilio en Toledo en el que los seguidores de Prisciliano abjuraron de sus ideas y declararon haber abandonado los errores de la secta, pero la constatación de la pervivencia de costumbres priscilianistas (consagración de la eucaristía con leche y uvas, ayuno, la presencia de clérigos con el pelo largo...) obligó a la celebración de un nuevo concilio en Toletum en el año 400.

—Ese concilio es el llamado Primer concilio de Toledo porque no se conservan las actas del anterior.

—En este sínodo se asegura que once de los doce obispos de la *Gallaecia* eran priscilianistas. El único obispo no priscilianista era el de la diócesis de Bretoña, no galaica, sino británica. (Entre los siglos IV y V miles de celtas de la provincia romana de Britania bajo el mando del obispo Maeloc cruzaron a Armórica, en la Galia, y a *Gallaecia*, fundando la provincia-obispado de Bretoña. Un par de siglos después será también un monje bretón, Pelagio o Pelayo, el que anuncie el descubrimiento de la tumba del apóstol Santiago). Las actas de ese concilio recogen el testimonio de abjuración de su herejía de Simposio, su hijo Dictinio y el presbítero Comasio. Tras la muerte de Máximo, Teodosio se proclama emperador de Oriente y Occidente; pero su muerte en el 395 deja de nuevo el imperio dividido entre sus dos hijos. Al mayor, Arcadio, le corresponden los territorios orientales y al joven Honorio, con apenas once años, el imperio occidental, tutelado por Estilicón. El movimiento priscilianista se ha ido transformando en este tiempo en una sociedad secreta, que ejerce el suficiente poder en el noroeste peninsular para que el papa Inocencio I decreta la *Regula fidei contra omnes haereses, maxime contra Priscillianistas* en el año 404. Entre las filas del movimiento priscilianista algunos autores han incluido a Baquiario, un monje itinerante de finales del siglo IV, y a Egeria, autora de la primera crónica de viajes a tierra santa del cristianismo escrita por una mujer. En el año 409 Honorio define su política decantándose en contra del movimiento priscilianista, condenando a sus seguidores a perder sus bienes y derechos civiles, llegando a imponer multas a los funcionarios civiles remisos a perseguir la herejía. Es el año en que los bárbaros se desbordarán por el imperio, y el priscilianismo sobrevivirá en el noroeste peninsular, sobre todo en el entorno rural, al amparo de la independencia política de Roma. A mediados del siglo V, Santo Toribio, obispo de Astorga, se aplicó a arrebatarse de manos de los fieles todos los libros priscilianistas y, comprendiendo que todavía este remedio era ineficaz, remitió al papa San León el Magno el *Communitorium*, enumeración de los errores consignados en los libros apócrifos, y el *Libellus*, donde refutaba el priscilianismo. San León aconsejó la celebración de un concilio en Toledo, o un sínodo de obispos galaicos, si lo anterior fuese imposible por el estado de independencia política de *Gallaecia* respecto a Roma y el conflicto generali-

zado en la Península Ibérica. Se convocó el sínodo de *Aquis Caelenis* (actual Caldas de Reis), donde los heterodoxos, aún aparentando admitir la *Assertio fidei*, perseveraron en sus doctrinas y prácticas, hasta mediado el siglo VI. Finalmente el primer Concilio de Braga (561) vuelve a hacer referencia al problema, condenándose en siete de sus diecisiete cánones las proposiciones priscilianistas.

—En sus cánones se decían cosas como estas: “Si alguno, además de la Santa Trinidad, introduce otros nombres de la Divinidad, diciendo que en la misma divinidad hay la Trinidad de la Trinidad, como afirmaron los gnósticos y Prisciliano, sea anatema. Si alguno no venera verdaderamente la natividad de Cristo según la carne, sino que finge honrarla ayunando en aquel día y en domingo, porque no cree que Cristo nació con verdadera naturaleza de hombre, como afirmaron Cedón, Marción, Maniqueo y Prisciliano, sea anatema. Si alguno dice que las almas humanas pecaron primeramente en las moradas celestiales, y que por eso fueron arrojadas a la tierra en cuerpos humanos, como afirmó Prisciliano, sea anatema. Si alguno cree que el diablo ha hecho en el mundo algunas criaturas y que él de propia autoridad produce los truenos, relámpagos, tempestades y sequías, como afirmó Prisciliano, sea anatema. Si alguno cree que los doce signos siderales, que suelen ser observados por los astrónomos, están dispuestos por cada uno de los miembros del alma o del cuerpo, y que se les aplican los nombres de los Patriarcas, como lo afirmó Prisciliano, sea anatema. Si algún clérigo o monje tiene en su compañía algunas otras mujeres como adoptivas, que no sean la madre, hermana, o tía, u otras unidas a él con parentesco próximo y convive con ellas, como enseñó la secta de Prisciliano, sea anatema. Si alguno condena los matrimonios humanos, y aborrece la procreación de los que van a nacer, como afirmaron Maniqueo y Prisciliano, sea anatema”.

—Con todo, el segundo concilio de Braga, celebrado varios años después, aún refleja en sus actas alusiones a la secta, e incluso aparece una alusión en el IV concilio de Toledo (683), en el que se condena, como lacra *priscilianista*, el “delirante pecado” de no cortarse el pelo de la clerecía gallega.

—Lo que Prisciliano hizo en realidad fue fundar una escuela ascética, rigorista, de talante libertario, precursora del movimiento monacal, inspirada en la tradición gnóstica, y opuesta a la creciente opulencia de la jerarquía eclesiástica imperante en el siglo IV. Los aspectos más polémicos, en cuestiones formales, son el nombramiento de “maestros” o “doctores” a laicos, la presencia de mujeres en las reuniones de lectura y su marcado carácter ascético. Las fuentes principales que informan de la particular liturgia del priscilianismo son los cánones promulgados en los sucesivos concilios. En el concilio de *Caesaraugusta* de 380, por ejemplo, se hace referencia a costumbres indeseables como “*mujeres que asisten a lecturas de la Biblia en casas de hombres con quienes no tienen parentesco; el ayuno dominical y la ausencia*

de las iglesias durante la cuaresma; la recepción de las especies eucarísticas en la iglesia sin consumirlas de inmediato; el apartamiento en celdas y retiros en las montañas; andar descalzos (nudis pedibus incedere)". Las piedras abraxas con simbología priscilianista, como gallos, remiten a la influencia gnóstica del movimiento.

—¿Qué es eso de las piedras abraxas?

—La palabra Abraxas (o Abrasax o Abracax, del griego ἄβραξας) era un término que se grababa en ciertas piedras antiguas, llamadas Piedras Abraxas, y que las sectas gnósticas solían usar como talismán. Se creía que Abraxas era el nombre de un dios que representaba el Bien y el Mal, un dios y deidad adorada y un demonio y *daimon* temido en una única existencia. Este término fue usado por los Basilideanos, una secta gnóstica del siglo II, para nombrar al ser supremo o dios que ellos adoraban. Abraxas fue también considerado un dios egipcio y un demonio. Es probable que la mística palabra abracadabra fuera derivada de tal nombre, aunque existen algunas otras explicaciones al respecto. En demonología, ha pasado a ser un demonio coronado, con cabeza de gallo, grueso vientre, pies de serpiente y cola raquítica, que lleva un látigo. También conocido como Abracax, término etrusco-céltico para definir la conjunción del bien y el mal en la unión de los elementos y también era una deidad que los druidas celtas solían llamar Abraxia, que significa la unión de los mundos.

—Me vale.

—Bueno, pues Prisciliano intentó la reforma del clero a través del celibato y la pobreza voluntaria, y posteriormente amplió la reforma a todos los fieles. Su carácter maniqueo (dualismo alma-cuerpo, la primera divina, el segundo mortal y, por lo tanto, corrupto) lleva al establecimiento de un ascetismo difícil de practicar, sentando así las bases (de manera parecida a la herejía donatista) del camino de perfección cántaro: una moral más laxa para los fieles y otra más estricta para los "perfectos". Abogó por la interpretación personal de los textos evangélicos, planteando el principio del libre examen. Exigió que la Iglesia volviera a unirse a los pobres. Enfatizó el estudio de los símbolos y la superación del literalismo en la interpretación de la Biblia. No es fácil separar las aserciones genuinas de Prisciliano de las atribuidas a él por sus enemigos, ni de las que posteriormente hicieron grupos que fueron etiquetados como "priscilianistas". El hecho es que, para lograr su condena, fue acusado de usar magia (delito castigado por la ley romana), de reuniones nocturnas con mujeres, gnosticismo y maniqueísmo, y posteriormente de negar que las tres personas de Dios son distintas y con ello negar el misterio de la Trinidad. Su pensamiento real o supuesto es llamado priscilianismo. Sus reuniones eran frecuentemente nocturnas, en bosques, cuevas o en *villae* alejadas de las ciudades, y con el baile como una parte importante de la liturgia, incluían tanto a hombres como a mujeres. Sustituyó la consagración oficial

con pan y vino por leche y uvas; acogió a las mujeres y los esclavos en las sesiones de lectura de textos evangélicos (incluyendo apócrifos) e incorporó el concepto del emanatismo: el alma “surge” de una especie de almacén y debe descender hasta el mundo terrenal, donde es inevitablemente corrompida por el maligno. Este origen divino del alma, junto con la concepción sabe-
 liana del dogma de la Trinidad, son los principales motivos de controversia teológica con los sectores más ortodoxos de la Iglesia. Era partidario de la libre interpretación de las Escrituras y los evangelios apócrifos, llegó a ser obispo de Ávila aunque no fue reconocido de forma oficial.

—Bueno, eso ya lo sabemos.

—Para terminar recitaremos una de sus plegarias conocidas. Se trata del *Himno a Jesucristo*, un texto de fuerte inspiración gnóstica, atribuido a Prisciliano: “Quiero desatar y quiero ser desatado. / Quiero salvar y quiero ser salvado. / Quiero ser engendrado. / Quiero cantar; cantad todos. / Quiero llorar: golpead vuestros pechos. / Quiero adornar y quiero ser adornado. / Soy lámpara para ti, que me ves. / Soy puerta para ti, que llamas a ella. / Tú ves lo que hago. No lo menciones / La palabra engañó a todos, pero yo no fui completamente engañado”.

—Bueno, toda esta información viene a cuento por el problema secularmente planteado de si la Catedral de Santiago de Compostela es o no es, puede ser o no puede ser, la tumba de Prisciliano y no la de Santiago. Parece ser que en el año 813 un ermitaño llamado Payo comunica a Teodomiro, obispo de Iria Flavia, que en el bosque de su diócesis llamado Libredón se ven unas luces extrañas. El obispo referirá después al rey Alfonso II el Casto que buscando el origen de las luces halló un sepulcro, que no duda en atribuir inmediatamente al apóstol Santiago. La noticia se hace oficial con el Papa León III. Muchos siglos después, en el año 1900 el hagiógrafo Louis Duchesne publica en la revista de Toulouse *Annales du Midi* un artículo bajo el título “Saint Jacques en Galice” en el que sugiere que el que realmente está enterrado en Compostela es Prisciliano, basándose en el viaje que sus discípulos hicieron con los restos mortales del hereje hasta su tierra natal. Posteriormente Sánchez-Albornoz y Unamuno se hicieron eco de esta hipótesis que ha pasado a convertirse en una hipótesis muy popular, alternativa a la tradición cristiana. Oponiéndose a esta teoría, Monseñor Guerra Campos indicó la existencia de un lugar que podría ser el lugar de enterramiento de Prisciliano: Los Mártores (en gallego, Os Mártores), perteneciente a la parroquia de San Miguel de Valga, en la provincia de Pontevedra. Hay allí una ermita, dedicada a San Mamede, en cuyo interior han aparecido sarcófagos antropoideos tallados en piedra que bien pudieran pertenecer al siglo IV. La teoría de Guerra Campos se basa en la denominación popular con la que se conoció a los discípulos ajusticiados en Tréveris, hasta mucho tiempo después de su muerte: Los mártires (en gallego: “os mártores”), siendo este el único topónimo de estas características

en toda Galicia. Una última teoría, planteada por Celestino Fernández de la Vega, establece el posible lugar de enterramiento de Prisciliano en Santa Eulalia de Bóveda, localidad próxima a Lugo.

—Podemos considerar finalmente otra posición sobre el tema, también ampliamente difundida y que puede verse adecuadamente representada por los siguientes párrafos aparecidos en Internet con fecha 24 de enero de 2009 bajo la sugerente pregunta: ¿Estuvo realmente el Apóstol Santiago en España?: Cualquiera que se vea en la necesidad de defender “la no presencia” del Apóstol Santiago en España, haga lo que haga, siempre tendrá frente a él, como una muralla, la tradición que dice que “Santiago entró por Cartagena a la vieja Hispania para predicar el evangelio”. Investigadores, historiadores, estudiosos en definitiva del asunto, si hace años creían firmemente esta tradición ahora dudan; si antes dudaban ahora niegan, pero a los que creen desde siempre en la tradición ni unos ni otros podrán convencerles con sus planteamientos, no ya de si el apóstol entró por Cartagena, de si estuvo, o no, en España, e incluso de si sus restos reposan en Compostela. Nadie, absolutamente nadie, puede negar o afirmar que el apóstol Santiago estuvo en España, ni siquiera la Iglesia católica lo ha hecho. Este podría ser el cierre del dilema, pero aún queda mucho por explicar sobre el Santo Apóstol. La vida pública de Santiago es casi desconocida; únicamente sabemos de él lo poco que han dejado escrito los evangelistas que a veces lo nombraban en actos relacionados con la vida de Jesús. San Mateo en su evangelio escribe que caminando Jesús junto al mar de Galilea y después de decir a Pedro y Andrés “venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres”, “pasando más adelante vio a otros dos hermanos, Santiago el del Zebedeo y Juan, su hermano, que en la barca con Zebedeo, su padre, componían las redes, y los llamó. Ellos, dejando la barca y a su padre, le siguieron”. El único apóstol que dejó escrito que vendría a España a predicar el evangelio de Cristo fue san Pablo. Cuando en su segunda estancia en Corinto escribió la epístola a los Romanos tenía el firme propósito de encaminarse a España. Lo dice el apóstol (Romanos 15, 28): “Una vez cumplido este oficio, (se refería a una colecta que habían hecho en Macedonia y Acaya en beneficio de los pobres de Jerusalén) cuando entregue este fruto, pasando por vosotros, me encaminaré a España, y sé que yendo a vosotros iré con la plenitud de la mención de Cristo”. Pablo tenía el propósito de predicar la fe en el Occidente, en España, y para ello el camino era Roma, donde podía recoger informaciones sobre la nueva tierra que se proponía evangelizar. ¿Conservaría esos propósitos en los años de su prisión y la realizaría cuando fue puesto en libertad? Muchos dicen que sí, creyéndose apoyados por testimonios de algunos Padres. No obstante según las epístolas de la cautividad y las pastorales, san Pablo volvió a Oriente, estuvo en Éfeso, en Creta, en Acaya y luego volvió a Roma donde murió decapitado durante el imperio de Nerón. Durante siglos gran

cantidad de historiadores se han basado en un libro de san Isidoro para afirmar la venida del apóstol Santiago a España, se trata “Del nacimiento y muerte de los Padres”, que contiene 86 biografías de los más ilustres personajes del Antiguo y Nuevo Testamento, empezando por Adán, patriarcas, reyes, mujeres importantes, apóstoles, evangelistas y varones apostólicos. Las biografías son muy cortas y alguna de ellas no ocupa ni diez líneas. Este tratado atribuido a Isidoro fue escrito en torno al año 600. Durante mucho tiempo se ha discutido la autoría del tratado, no faltando estudiosos que negaron de plano la paternidad isidoriana. Quizá la razón más profunda y eficaz es el hecho de que en este libro se afirma la predicación de Santiago en Hispania y se le da como sepultado en un lugar y en unas circunstancias que parecen aproximarse o recordar de cerca la denominación tradicional del punto del descubrimiento de su sepulcro, que tuvo lugar dos siglos después de la fecha en que hay que situar esta afirmación. Resumiendo, que san Isidoro sabía y lo dejó escrito 200 años antes, que Santiago estaba enterrado en Compostela. Hay que ser muy crédulo para admitir esto. Hay que advertir que a menudo aparecen algunas piezas atribuidas nominalmente a Isidoro. El estudio cuidadoso de las mismas suele revelar que se trata de fragmentos, primero extraídos, y luego manipulados de obras auténticas de san Isidoro y de otros grandes escritores. Dígase otro tanto de diversos himnos conservados en el *Liber Hymnorum* visigodo que por la calidad de la composición o por el tema contado han sido puestos por investigadores recientes bajo el nombre de Isidoro. Ya en tiempos de Braulio, arzobispo de Zaragoza y alumno predilecto de san Isidoro, se habían producido modificaciones en el texto del libro que comentamos “Del nacimiento y muerte de los Padres”. Es posible que una primera versión prestara atención casi exclusiva a los personajes del Antiguo Testamento, pues incluso en las versiones amplificadas la obra es incompleta y desequilibrada. En cuanto al problema de las menciones de Santiago, no está satisfactoriamente resuelto, y tampoco es sostenible pensar que la noticia salió de la pluma de Isidoro en la forma que la leemos nosotros. Aun en vida de san Isidoro ya se copiaban parte de sus obras y se añadían párrafos de autores o copistas desconocidos. Los problemas planteados acerca de los orígenes de la cristianización de la península Ibérica han consistido esencialmente en desbrozar el hecho histórico de la leyenda piadosa. Ya se ha dicho que la Contrarreforma calificó de “tradición” la venida de Santiago. Más tarde el padre Flórez en su “España Sagrada” (iniciada en 1747) atacó con asombroso aparato erudito “esta tradición acerca de la venida de Santiago a España, que, aunque durante siglos arraigase profundamente entre los españoles y se convirtiese en una tradición nacional, no está comprobada históricamente”, y que los historiadores modernos (Padre Zacarías García Villada) no aceptan como realidad histórica. El historiador don Ramón Menéndez Pidal, en su monumental “Historia de Es-

paña”, cree “que no se puede afirmar categóricamente la predicación de Santiago en nuestra península; no existen datos suficientes para probarla, antes bien, las razones en contra, deducidas del silencio de la literatura eclesiástica hispana y gala de los siglos V y siguientes, y las obtenidas de Apolonio, Clemente Alejandrino, san Pablo, Inocencio I, de las Actas Apócrifas de Santiago el Zebedeo, etc., obligan a advertir que todas las afirmaciones de la venida de Santiago tropiezan con dificultades insalvables”. Puede añadirse que la tradición nacional que sostiene la creencia, no se testimonia ciertamente más que desde el siglo VIII, o a lo sumo el VII, puesto que los datos anteriores son dudosos. Debe indicarse que, según los datos estrictamente históricos, la venida de Santiago a España y su predicación no son ciertas. Negada históricamente la venida de Santiago y su predicación, no hay lugar a estudiar el problema de la aparición de la Virgen en Zaragoza, que cae naturalmente por su base; aparte de que este punto es negado por autores que admiten como cierta la venida de Santiago. La tradición del Pilar no se inicia hasta el siglo IX en que como dice el jesuita padre García Villada comienza a despuntar. Hay además un importante anacronismo histórico en la erección de un templo en aquel lugar, ya que hasta tres siglos después, siglo IV, no fue permitido a los cristianos la erección franca y pública de templos por la ley impuesta por el emperador Constantino el Grande, que hizo del Cristianismo la religión oficial del Imperio romano. En la iglesia visigótica, la creencia de la predicación de Santiago era al parecer general como se desprende de textos del “Oficio Gótico”, atribuido a san Isidoro y san Julián. Estos son los versos que nos hacen recordar a la madre de los Zebedeo: *“Los fuertes hijos del tronante rayo cumplida ven la súplica materna de ocupar en la cumbre de la gloria, junto al hijo de Dios sillas excelsas; Juan, con su diestra sola, rige el Asia y de España, su hermano se apodera”*. De los últimos versos se desprende que Juan, evangeliza Asia, el Asia Menor, por supuesto, y que su hermano Santiago de España se apodera, o sea que predica en ella. Nada que objetar a lo expuesto por la libre imaginación del poeta. Surge entonces la pregunta: ¿cuándo se incluyeron estos versos en el Oficio Gótico, Visigótico, Isidoriano o Mozárabe?, ya que con esos nombres ha sido conocido en el tiempo. El Oficio Isidoriano era “el rito primitivo español usado en un principio en las Galias, África y España, el cual trajeron los primeros evangelizadores a las regiones occidentales, completado después con las nuevas necesidades de la península Ibérica”. Este oficio fue adoptado en toda España en el IV Concilio de Toledo, año 633, y presidido por san Isidoro, con lo que la Iglesia española quedaba unificada con una liturgia especial llamada “isidoriana” y que se diferenciaba de la usada en Roma, ya que habían seguido caminos distintos. En general, se puede observar que el español había conservado más elementos del primitivo, el auténticamente apostólico, que del romano. Es erróneo denominarlo rito isidoriano, ya que

no fue compuesto por san Isidoro, que solo fue su corrector, ampliador y reformador. Se le llama visigodo o gótico por cuanto fue declarado oficial y generalizado en lengua visigoda. Este rito lo conservaron después los cristianos sometidos a los árabes, denominados mozárabes, y por eso se llama “mozárabe”. En tiempos del rey Alfonso VI, fue admitido el Rito Romano en España, por orden del Papa Gregorio VII (1073-1083) que con su reforma eclesiástica conseguía la centralización de toda la Iglesia bajo el mandato del Sumo Pontífice. Pero en España junto al Rito Romano, el Gótico o Mozárabe siguió empleándose en conmemoraciones especiales, y aún hoy se hacen Misas por el Rito Mozárabe. Todo esto nos vuelve al principio; a los famosos versos.

—¿Cuándo se incluyeron?

—En los 1.400 años que han discurrido, en cualquier momento, ya que el rito gótico ha experimentado infinidad de cambios acorde con los tiempos por los que discurría. La más venerable, amada y eficaz de las tradiciones españolas habla de la prodigiosa traslación del cuerpo del apóstol Santiago a tierras de Galicia. Esta tradición, aparte su misma eficacia y poder expansivo está apoyada en testimonios muy valiosos, aunque ninguno contemporáneo de los hechos, esto es, no lo fue por ningún testigo presencial, sino escrita varios siglos después. Es difícil de explicar históricamente la traslación vía marítima a España de los restos del apóstol martirizado por el rey Herodes Agripa. En el siglo IX se verificó la milagrosa invención de las reliquias, pero este descubrimiento es debido, sin duda, a la existencia en aquellos lugares de una tradición constante sobre la presencia de los restos del “hijo del trueno”. Los últimos descubrimientos arqueológicos, en la década de los años sesenta del siglo XX, lo fueron de una necrópolis cristiana del siglo V, los restos de una pobre iglesia que construyó el rey de Asturias, Alfonso II El Casto, en el año 813. Según la leyenda, se tiene por cierto que a principios del siglo IX, un ermitaño llamado Pelayo, vio resplandores extraños al pie del monte Libredón, y que el obispo Teodomiro, con gran séquito y guiado por una estrella, halló el 25 de julio de uno de los años 812 o bien 813, una cueva, en la que yacían en sepulcro de mármol blanco los restos de Santiago y de sus discípulos Atanasio y Teodoro, mandándose por el rey Alfonso II que se levantase una iglesia en aquel sitio, alrededor del cual se fue edificando la actual ciudad de Santiago de Compostela, en la que con toda devoción se venera al santo apóstol. A partir de ese momento las peregrinaciones a Compostela, que aún continúan, ha sido uno de los fenómenos más sobresalientes de la Cristiandad. Pero si analizamos esta tradición nos encontraremos con una leyenda llena de maravillas, donde destacan los extraños resplandores del lugar, la estrella que guía hasta el sitio exacto a los visitantes y sobre todo la clarividencia y conocimientos científicos del obispo Teodomiro que certifica instantáneamente que aquellos huesos pertenecen sin ninguna duda, no a

un hombre que vivió en el siglo I, sino que eran del mismísimo Santiago. Demasiado bello, demasiado poético, para ser cierto e histórico.

—Santiago “Matamoros”, “Santiago y cierra España”, ¿de qué “color era el caballo blanco de Santiago”?

—Estas tres frases tienen siglos de existencia y emanaban de la más célebre batalla que las huestes cristianas dieron a los árabes durante la Reconquista: la famosa batalla de Clavijo, donde el apóstol Santiago luchó con los cristianos montado en un caballo blanco. Cuentan las crónicas “que habiendo el emir de Córdoba, Abderramán, en el año 844, exigido al rey Ramiro I el ominoso tributo de las cien doncellas, consentido por Mauregato, el Rey, en Consejo con los magnates decidió rechazar tan vergonzosa exigencia y todo el reino cristiano se preparó para la lucha. Vencidas las armas de Ramiro por el numeroso ejército moro en una primera batalla, cerca de Albelda, el Monarca se retiró con sus huestes a un collado denominado Clavijo. Apesadumbrado el rey, dudaba si volver a presentar batalla al moro, cuando tuvo un sueño durante la noche en el que el apóstol Santiago le animó a combatir de nuevo al día siguiente, prometiéndole aparecer él mismo en la batalla, montado en blanco corcel y con bandera blanca en la mano. Comunicó Ramiro el sueño a los obispos y magnates, y éstos al Ejército, transformando la fe a este casi desmoralizado puñado de cristianos, en hueste valerosa y aguerrida, e invocando a Santiago, se lanzaron a la lucha. Y cuenta la tradición que montado en banco caballo y con blanca bandera en la mano, tal como había prometido en sueños al rey Ramiro, el Apóstol apareció durante la batalla, peleando en las filas cristianas, siendo tan terrible la derrota sufrida por los infieles, que fueron muertos 70.000 en el campo y el resto del ejército huyó hasta Calahorra. En conmemoración de este notable y milagroso hecho de armas, Ramiro instituyó el llamado “Voto de Santiago”, por el que “España, en agradecimiento de la ayuda sobrenatural, ofrece anual y perpetuamente a la iglesia de Santiago, las primicias de la cosecha y vendimia y parte del botín que cogiese a los moros”. Sin duda es ésta una bonita historia de corte medieval, aunque parece casi imposible que quedaran muertos en el campo de batalla 70.000 infieles, cuando los ejércitos de entonces los formaban unos pocos cientos de soldados. Como ejemplo, consideramos que en el año 1346, 500 años después de los hechos, el mayor ejército nunca visto fue en Francia con 13.000 hombres. En Clavijo, un lugar de la provincia de Logroño, tuvo lugar la aparición de Santiago a las tropas asturianas, y con su presencia y acción, les ayudó a ganar la batalla que habían emprendido contra el ejército de Muza, rey de Zaragoza. Este hecho que ha tenido a lo largo de los siglos defensores y atacantes, ha quedado demostrado, de una vez para siempre, como puramente legendario, y ningún historiador lo admite hoy como real. La leyenda de la “Batalla de Clavijo” añade que el rey asturiano liberó a su pueblo del tributo de las cien doncellas, que se daba al emir de Córdoba

desde el reinado de Mauregato (783-789), la tradición califica este tributo concertado con los musulmanes de vergonzoso. Digno de especial estudio es el santuario de Santiago, en particular lo que se refiere al “privilegio del voto o voto de Santiago”. Se supone que Ramiro I, en 844, en agradecimiento al apóstol por la ayuda que le prestó en la batalla de Clavijo, hizo voto de entregar cada año una cantidad de trigo y vino, que más tarde se transformó en dinero en metálico. Según parece, el famoso documento de Ramiro I, en que consta este voto, y por consiguiente el voto mismo, no es auténtico. Queda con todo en pie el hecho de que desde tiempo inmemorial los reyes establecieron la costumbre y tomaron sobre sí la obligación de hacer la “ofrenda nacional”, que todavía se sigue cumpliendo en nuestros días. Pero volvamos a la pregunta inicial.

—¿Estuvo el apóstol Santiago en España?

—Para empezar a contestar debemos apoyarnos en las fechas que marca el calendario romano y que han sido reconocidas como correctas tanto por los historiadores como por la Iglesia Católica. Jesucristo muere el año 30 de nuestra Era y los apóstoles permanecen doce años en Palestina predicando el evangelio, sin ninguna salida al exterior. En el año 42 se produce la persecución de Herodes Agripa, la muerte de Santiago y la dispersión de los apóstoles por distintos países, entre ellos san Pedro que va a Roma. Si esto es así, a Santiago no le dio tiempo de venir a España, si siempre estuvo en Palestina. En la primera epístola de san Pablo, “A los Romanos”, escrita el año 57, o sea 15 años después de la muerte de Santiago, éste expone su deseo de venir a España, lo que es significativo de que nadie había venido a estas tierras. No sabemos si él vino, al parecer no. Aunque también existe la incógnita de si fue cierto que san Pedro consagró obispos a siete varones apostólicos con la misión de que evangelizaran España y Francia.

—¿Cuál es el dictamen oficial de la Iglesia sobre la venida de Santiago?

—Ya ha quedado expuesto: se trata de una tradición piadosa y cristiana, pero una tradición, sin profundizar más. El pueblo mantenía la fe, las costumbres cristianas, respetaba los ritos y cumplía todo aquello que se le ordenaba. No era por tanto el momento de profundas investigaciones, y como con el transcurso de los siglos la devoción a Santiago se iba incrementando, era más fácil dejar las cosas como estaban. La palabra “tradición” tomó carta de naturaleza y desde los investigadores y eruditos al pueblo, siempre se dice:...”según la tradición...”. Y así hemos llegado al día de hoy. En esta historia solo hay una cosa cierta. Que se ha hecho realidad el célebre verso del Oficio Gótico “*y su hermano (Santiago) de España se apodera*”. Este verso fue como una premonición, un adivinar el futuro del santo en la devoción de los españoles. Santiago es para nosotros el más importante de los apóstoles. Patrón de la Caballería española; una Orden militar con su nombre, la de Santiago, fundada el año 1170; patrón del Ejército español, patrón de

España y en el ámbito religioso centro internacional de peregrinaciones a Compostela a través del histórico Camino de Santiago, así como cientos de pueblos que lo tienen como Patrón tanto en España como en América. Sin lugar a dudas el apóstol Santiago se apoderó de España. Ramiro no peleó en Clavijo. Se guerreó, sí, en los cerros que hoy reciben aún tal nombre, pero en los días de Ordoño I y no contra el emir de Al-Andalus, sino contra el moro Muza-Tercer rey de España, como orgulloso se hacía llamar por los suyos". "Ni peleó Ramiro I en Clavijo, ni redimió el también legendario Tributo de las Cien Doncellas, tan fingido como la mágica jornada en que se hizo al Apóstol pelear en un caballo blanco contra los sarracenos" Lo importante no es si Santiago estuvo en España, si los restos que se encuentran en Compostela son los del Apóstol, ni si Santiago prestó ayuda a los cristianos en Clavijo. Lo esencial, es la dimensión espiritual del Camino, y la desesperada resistencia de aquellos cristianos ante un enemigo muy superior y dispuesto al exterminio. El Camino de Santiago mantuvo a España unida a Europa, y la fe en el Hijo del Trueno, les hizo fuertes.

—Como muestra bastan, ya no uno, sino los tres “botones” que hemos ido transcribiendo.

—Eso pienso yo también.

—Me parece que te has dormido...

—No te diría yo que no.